

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	11
El lugar y la ruina	19
Patricios de primera, de segunda y de tercera	27
Burgueses, artesanos, miserables y el resto	43
Un teatro sobre las aguas	73
Hay un tiempo para trabajar	94
También hay un tiempo para holgar	113
La necesidad del azar	131
La comedia y el café	145
Y llegaron las lágrimas	165
Angelo Querini	175
Giorgio Pisani y Carlo Contarini	183
Dos Dogos de la desesperada Dominante	189
Una República mata a la otra	197
Apéndices	213



Vista de la ciudad de Venecia publicada en 1704 por Pieter Mortier, inspirada en una panorámica del cartógrafo italiano Vincenzo Coronelli de 1693.



Para Belén, en S. Maria dei Miracoli
y para Lella, Javier y José Ángel

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas me han ayudado en el laberinto veneciano. La profesora Elide Pitarello demostró, una vez más, que la sabiduría es siempre compañera de la generosidad. Los profesores Enrico Bassaglia, Franco Rossi y Giovanni Scarabello demostraron, a su vez, que la erudición es hermana de la paciencia con el ignorante. Finalmente, el profesor González Sainz me demostró, terca pero eficazmente, que las demostraciones deben ir siempre acompañadas de un Ramandolo o, en su defecto, de un Torbollino, y si no, de un Tokay, y así sucesivamente hasta que la demostración se muestre irrefutable. ¡Cuánta razón llevaba!



Retrato de Giacomo Casanova
realizado por su hermano Francesco Casanova, alrededor de 1750-1755.

INTRODUCCIÓN

Antaño, lo peor que podía sucederle a un individuo no era la muerte; este accidente, con ser grave, no se consideraba lo más funesto que podía caberle a uno en suerte. Vivir sin dignidad, ser deshonrado, o gozar de poca estima entre la comunidad eran males mucho más temibles que el fallecimiento. Esto nos resulta extraño, habituados como estamos a comprobar la satisfacción de aquellos que viven en la deshonra, y la arrogancia con que desafían la animadversión de las gentes, de la que incluso se ufanan.

Para nosotros no hay ya nada peor que la muerte y es ella lo más temido, porque la sociedad sólo conoce criterios de eficacia, es decir, criterios, en último término, económicos. Vivir es ahora un asunto sin relación alguna con la moral, a pesar de lo que predicán los múltiples gerentes de la administración política. Sólo se considera vivo, es decir, individuo, a quien controla el poder económico, por canalla y rufián que sea. Y están muertos todos los restantes, o son, simplemente, masa.

Pero esto es y ha sido así tan sólo en los últimos doscientos años. La Revolución Francesa fue el gran espectáculo inaugural del mundo amoral y eficaz. Por esta razón el siglo XVIII se ha convertido en un territorio donde es posible hallar todavía restos del mundo antiguo, en espesa trabazón con elementos actuales. En el siglo XVIII, un ciudadano era ya como nosotros: práctico, técnico, informado, agnóstico, económico, moralizante de superficie, masivo..., pero cuando se trasladaba por el mundo aún utilizaba los mismos medios que César o Jesucristo: una montura, una embarcación a vela o remo, los pies.

La Europa del siglo XVIII no había cambiado lo suficiente para que, de haber regresado a la tierra, pongamos por caso

Jesucristo o Platón, no se hubieran encontrado como en su casa: los campesinos seguían el calendario agrícola con festividades no muy distintas de las clásicas; los días eran días y las noches noches, ya que se desconocía el fluido eléctrico; las distancias seguían siendo las mismas que cuando ellos vivían; y el analfabetismo contaba igual número de adeptos. Si Platón o Jesucristo hubieran visitado la Venecia de 1700, no habrían muerto del susto; en pocas semanas se habrían habituado e integrado a la vida de las personas corrientes, tras comprarse un sombrero y quizás un bastón. Pero siglo y medio más tarde, en 1850, habrían sucumbido de la impresión.

A lo largo del siglo XVIII se derrumba un mundo que apenas había cambiado en más de dos mil años. Y la ciudad de Venecia vivió ese derrumbamiento de un modo sumamente extravagante y sumamente instructivo.

* * *

Escribir sobre Venecia es tan fácil que resulta casi imposible. No hay en el mundo ciudad, sociedad o cosa más literaria que Venecia. Cuando digo «literaria» quiero decir «hecha y constituida por las palabras», como el Derecho Mercantil, las Encíclicas papales, o las tragedias de Sófocles. Una de las razones por las que Venecia resulta tan abrumadoramente literaria es la de que todo en ella es falso, pero verosímil. Sólo es una urbe, en el sentido habitual, desde hace poco más de un siglo; antes era una República y antes un Imperio, y antes nada. Siendo, como fue, uno de los estados europeos más potentes, más poderoso que Francia, Alemania o Inglaterra, sin embargo nunca pudo llegar a ser una nación: fue tan sólo una ciudad flotante; su tierra era el mar, todo el mar. No hay construcción artística más grandiosa que Venecia, y sin embargo nada en ella es realmente notable. Sus palacios han

su pertenencia a la Serenísima* y de su personalidad veneciana y de su adscripción ciudadana y de su tradición lagunar, pero casi todos los venecianos de talento se vieron obligados a huir y refugiarse en Francia, Inglaterra o el Imperio. Y así sucesivamente.

En el siglo XVIII vive Venecia una aventura absurda. Tras haber conquistado el planeta, tras haber acumulado la más inmensa fortuna, se dedica a despilfarrarla y a burlarse de sí misma. Todos los comentaristas hablan de la «decadencia» de Venecia en el Setecientos, pero sin aclarar pertinentemente qué quiere decir «decadencia». El propio Stendhal, cuya adoración por Napoleón rayaba en la insensatez, escribe el 26 de junio de 1817 en su diario de viaje: «¡Cómo detesto a Bonaparte por haber sacrificado Venecia a los austríacos! La República estaba en camino hacia la civilización con mejor paso que Londres o París. Hoy viven aquí 50.000 mendigos y el palacio de los Vendramin, cuya construcción costó 25.000 lises, se vende por mil; todavía en 1794 valía 10.000...». A pesar del llanto de Stendhal, es indudable que una de las más grandiosas culturas de Europa se asqueó de sí misma tras el desastre de Passarowitz, en 1718; entonces comenzó a emputecer y a reír. No dejó de reír durante ochenta años. Una actividad encantadora, pero fatigosa. Y al final, como siempre, vino el llanto.

Sin embargo, el llanto sólo vino al final. Nuestra crónica pretende dar una idea, por somera que sea, de cómo Venecia dilapidó su fortuna, de cómo su patriciado fue incapaz de mantener la soberanía, de cómo se corrompió y envileció la administración más admirable de toda la historia europea, y de la risa que daba todo aquello.

* Los asteriscos que irán apareciendo a lo largo de esta obra remiten al Apéndice B, de la página 214, donde, como complemento, el lector podrá encontrar un vocabulario explicativo.